

Días raros

¡Hola amigos! Me encantan los días sorpresa, los días que no se parecen a ninguno. Se tuercen los planes, ellos solos, y uno se deja ir a la buena de Dios. Sin necesidad. Libre como los pájaros...

Tenían que hacerme una ecografía en “La Luz”, terminé a mediodía y me advirtieron: no venga por los resultados “antes de las seis”.

Esa misma tarde debía recoger, en la calle Almagro, una analítica y me dijeron: no venga “después de las seis”. Conseguí aclararme. Entré a tomarme un café y apareció una señora jadeante con dos muletas. Estaba abarrotado pero todo el mundo se desplazó y fue la reina de la barra.

De repente, oímos al camarero gritar ¡las muletas! La señora había desaparecido caminando tan ricamente que nadie se dio cuenta. Me entró la risa. La cosa iba bien.

Cogí un 45. No tenía nada que hacer: unas horas en blanco. Al llegar a Bravo Murillo vi por los cristales un restaurante descubierto por mis compañeros de Televisión. De “cuchara” pero forrado de recortes de periódico, recomendándolo. Me alegré del encuentro, y bajé.

El gozo en un pozo ¡ni una mesa libre! Adiós, alubias de Tolosa y pastel de cabracho. Crucé la calle tratando de consolarme y, en la esquina de enfrente, descubrí dos mesas viejas de madera. Me senté. No pasaban coches y las acacias enormes hacían de jardín particular. Qué hermoso silencio. Respiraba la brisa, feliz. “Arroz a la cubana y pollo con patatas”. Era el menú del día de una modesta taberna de inmigrantes ecuatorianos. Llegaron dos palomas y después tres gorriones. Ligamos con las migas de pan. Observé que los gorriones son ahora más delgados que los clásicos urbanos, aburgasados. Todo estaba rico, tanto, que lo aconsejé a dos chicarrones despistados que llegaron a la segunda mesa. Qué paz. Parecía que la vida se había parado. Son momentos en que el mundo entero es para mí. ¿Cómo se encuentran estos oasis en el corazón de una gran ciudad? Continué el camino en un nuevo 45 y enfilé el paseo de la Castellana. No se por qué, me detuve en una parada del bus. Era una calle donde hacia muchos años que no había pasado. Allí estaba el colegio Mayor de mis tiempos de Universidad. Y tampoco se por qué llamé a la puerta a esas horas. Una señora desconocida me abrió. “Viví aquí hace años y creo que había una capilla junto a la entrada ¿puedo pasar?” La puerta daba al primer banco. No había nadie. Estaba sentada en el mismo sitio de hace tantos años. Me impresionó la sensación de continuidad. Parecían sonar las palabras de Fray Luís de León, al regresar tras largo exilio, a su cátedra de Alcalá de Henares. “Decíamos ayer...” ¿Qué es el tiempo? ¿Dónde está todo? Fin de carrera, trabajo, compañeros, oposiciones, familia, casas, viajes: Bruselas, Roma, París, Milán, Kenia, Jerusalén, Teherán, Atenas, Houston, Tanzania, Nueva York, Londres, Bogotá, Nápoles. “Decíamos ayer...” Todo igual, exactamente igual.

El tiempo no existe para Dios y quizás tampoco para nosotros. ¿Qué pasó de los días antiguos?

De nuevo al 45 y la analítica en mi bolso. Regreso a la clínica La Luz, por el mismo camino. Son las seis. Ecografía azul y vuelta a casa. Al entrar, refresco el Assimil francés: “¡Oh, quel belle jour!”

Sí, todos necesitamos de vez en cuando, estos días raros que no se parecen a ninguno. ¿Estáis de acuerdo?

Déborah

